

# El lanzaroteño Clavijo y Fajardo en el Madrid de la Ilustración: la perspectiva educativa de *El Pensador*

OLEGARIO NEGRÍN FAJARDO  
*Universidad Nacional de Educación a Distancia*

Hace bastante tiempo, publiqué mi primer trabajo acerca de la perspectiva educativa y científica de José Clavijo y Fajardo (Negrín Fajardo, 1993: 443-468). Con posterioridad, seguí dando a conocer estudios complementarios (1995: 181-194; 1996: 679-701), que tenían que ver con sus principales actividades en Madrid dieciochesco en que estaba perfectamente integrado.

Ahora se cierra el círculo volviendo de nuevo a *El Pensador*,<sup>1</sup> en el momento en que preparo la publicación de sus pensamientos dedicados a la educación y a la enseñanza española dieciochesca, con un estudio introductorio que contendrá la biografía e ideario educativo de Clavijo y Fajardo.

En esta aportación nos referiremos a los contenidos principales que tienen que ver con educación, enseñanza y otros similares, que se encuentran en los siete pensamientos siguientes de *El Pensador*: del tomo 1, los pensamientos II –«Carta del Pensador a las Damas sobre su instrucción»–, VIII –«Carta de una señorita sobre su educación»– y XII –«Sobre la educación»–; del tomo 3, el pensamiento XXIX –«Carta instructiva a una señora recién casada»–; del tomo 5, los pensamientos LXIII –«Sobre la educación»– y LXIV –«Sobre la educación»–; y del tomo 6, el pensamiento LXXXV –«Carta de un niño, en que se queja de la mala educación que se le da»–.

No entramos a analizar la biografía del autor por motivo de espacio, y remitimos a nuestras publicaciones y a la de otros autores que figuran en las referencias bibliográficas finales (Cotarelo, 1897: 45-55; Espinosa, 1970; Arencibia, 2003: 314-

<sup>1</sup> Respecto a *El Pensador*, sigue siendo justa la valoración que hiciera el clérigo José de Viera y Clavijo, en su *Constelación canaria*: «Esta obra periódica, comparable a la de *El Espectador* inglés y modelos de las de este género, es sin duda la más bella que se han ejecutado entre nosotros, ya sea por la propiedad de la lengua y la ligereza de estilo, ya por la importancia de la crítica, la amenidad, la sal, decoro y discreción de los pensamientos» (1985: 13). Si bien, Emilio Cotarelo, en *Iriarte y su época*, enjuicia la publicación de manera bien distinta: «De corte y gusto extranjeros. Aunque escrito con donaire y censurando con razón muchos abusos y vicios sociales, el odio de Clavijo a todo lo antiguo le hizo incurrir en errores censurables y en injusticias de gran bulto» (1897: 45).

355) donde se pueden encontrar todos sus datos biobibliográficos detallados, para, a continuación, centrarnos en el objeto específico de esta aportación.

### Ideario educativo de Clavijo y Fajardo en *El Pensador*

En el pensamiento II, *Carta del Pensador a las Damas sobre su instrucción* (Clavijo Fajardo, 1999: 1-30),<sup>2</sup> empieza con una aclaración general pertinente, aplicable a toda su obra:

Solo pido (y quede entendido para todo el tiempo, que hubiere de pensar) que cuando trate de algún defecto de las Damas, se entienda que hablo con una parte, y no con el todo. Esto debería entenderse así aun sin mi prevención: Nadie ignora, que en todos los siglos ha habido mujeres ilustres, que han sido la gloria, y el honor de su edad. [...] sepan todos, que el Pensador venera, y estima a las Damas, como es justo: que les dirá francamente, y con lisura su parecer; pero sin intentar jamás ridiculizar un sexo, que es acreedor a todo su respeto (1999: 2-3).

Afirma el autor que «los adornos del cuerpo han robado siempre a Vms. toda la atención. ¿Y los del espíritu? Se han tratado con pereza, y con descuido, o se han quedado del todo olvidados, que es lo más común». Como alternativa propone Clavijo la solución para ser respetadas:

Pues vaya el secreto en dos palabras. Virtud, y discreción que [...] La virtud infundirá en Vms. aquella paz, serenidad, alegría, candor, y buen natural, que sabe inspirar, y que son propios efectos suyos; y estos, dando a la belleza unos quilates, que no puede producir ninguna otra de las que llamamos perfecciones. [...] La discreción derramará nuevas, y graciosas sales en la conversación de Vms; y las materias tratadas con la delicadeza natural a las Damas, tomarán nuevo ser (1999: 19).

El autor sabe que para alcanzar tales objetivos es preciso cultivar el espíritu, por eso pone en boca de las damas las siguientes cuestiones:

¿Y dónde iremos a buscar instrucción? Sea ambición, sea envidia, o injusticia, considerándonos menos capaces, Vms. han alejado de nosotras todo género de estudio, de modo, que hoy pasa por bachillera cualquier mujer, que pretende apartarse de la ignorancia común. ¿Hemos de ir a las Universidades? ¿Nos darán Becas en los Colegios? (1999: 21).

<sup>2</sup> En esta aportación usamos la edición de *El Pensador* de la Universidad de las Palmas de Gran Canaria y el Cabildo de Lanzarote, publicada en 1999 en 6 tomos, con un estudio previo de Yolanda Arencibia, siguiendo la edición original madrileña de Joaquín Ibarra, 1763-1767.

Y la respuesta del autor no deja lugar a dudas sobre lo que piensa al respecto:

No, señoras. La Piocha, y el Bonete, el Tontillo, y la Sotana harían malísima comparsa. Cada estado pide su instrucción particular; y la que yo pido, y deseo en Vms. no está ceñida a las Aulas. En el estrado, con la labor, y en medio de la conversación, puede aprender, y sin afán, gasto, ni fatiga, puede una Dama instruirse [...] (1999: 21).

Clavijo está pensando en unos estudios más limitados que no pasaban por el aprendizaje reglado en las aulas, sino que señala concretamente la dedicación a sus labores, aunque es partidario de una formación más amplia para las mujeres más capacitadas y con posibilidades de dedicar tiempo al estudio.

En el pensamiento VIII, *Carta de una señorita sobre su educación*, (1999:1-32) utiliza Clavijo la argucia de reproducir la supuesta carta que le ha hecho llegar una joven de padres ricos y nobles en la que, de forma crítica, describe los pormenores de la educación que sus padres habían elegido para ella, hasta que da un giro a su vida cuando descubre que otra educación era posible. Empieza recordando:

Por mi desgracia no he tenido otra educación que la que acostumbran dar a sus hijos los que creen que la ignorancia es el patrimonio de la riqueza, y que en ésta, la calidad y la hermosura se cifran todos los talentos, y todas las virtudes. Con estos bellos principios empecé la carrera de mi vida. El Maestro de baile me enseñaba a estar ridículamente grave, a llevar la cabeza vuelta hacia el hombro, a caminar como si mi cuerpo fuese hecho de una pieza, y a volver atrás los brazos para hacer aparecer riqueza en el seno. El de Música decía, que era preciso arreglar mi voz, y para esto me obligaba a cantar mil cosas enfadosas, y a afectar en el gesto pasiones, que me hubiera convenido ignorar (1999: 3-4).

La autora de la carta comenta que la nobleza es una calidad estimable cuando está adquirida y mantenida con acciones dignas «pero inútil, ridícula, y aún despreciable en los que, habiendo nacido nobles, se hacen plebeyos por sus procedimientos». También señala que la hermosura y la nobleza no están en los trajes, sino que se «adquieren con la dulzura, la discreción, el juicio, y la modestia [...]» (1999: 20-21).

En el pensamiento XII (1999: 1-31), *Sobre la educación*, empieza por concretar el respeto que le merece la educación, su utilidad y las correcciones que habría que introducir en la que se ejercía en aquel momento. Este pensamiento está dedicado íntegramente al cuidado o, por mejor decir, al descuido y abandono que tienen las familias nobles con los hijos recién nacidos, que entregan a mujeres extrañas para que los amamanten. Era la moda del momento, y lo que hacían todos era «desembarazarse de sus hijos desde que salen del seno materno». Ningún marido podía negarse a ello

sin exponerse a que cuantas bachilleras hay en la parentela, en la vecindad, y las amigas lo tengan por un asesino de su mujer [...] ¿Acomodarse la madre a criar sus hijos? ni por sueño. Esto es contra la moda, y ninguna mujer está tan mal con su opinión, que se atreva a dar este escándalo (1999: 9-10).

Explica Clavijo con un ejemplo cuál debía ser la obligación de la mujer frente a la moda existente del abandono de los niños en otras manos fuera de la familia:

En Madrid tenemos alguna Señora, que no por serlo ha dejado de criar a sus pechos trece, o catorce hijos. Vms. creerán, que en caso de que viva esta buena madre será un esqueleto, sin fuerzas, y sin facultades, ni aun para moverse [...] Pues vean Vms. cómo se engañan. Esta Señora ha llegado a la edad de ochenta años: mantiene una robustez y una frescura admirables: vive, y está en disposición de vivir muchos años para honor de la humanidad, y oprobrio de las madres crueles (1999: 23-24).

En el pensamiento XXIX (1999: 29-58), *Carta instructiva a una señora recién casada*, pone en duda el método de aprendizaje de la lectura utilizado por las mujeres de la alta sociedad y la errónea elección de los libros más adecuados para leer. De hecho, afirma que el aprendizaje de la mayoría es inexistente o ineficaz y que es digno de admiración «que apenas entre mil señoras de alta esfera haya algunas, a quienes hayan enseñado a leer, y entender con perfección su lengua patricia, y a quienes hayan dado las instrucciones, que basten, para formar juicio de los más fáciles libros escritos en su propio idioma» (1999: 54-55).

Mantiene Clavijo en este pensamiento que, en realidad, abandonaron pronto la instrucción y dedicaron todo su tiempo a aprender «inútiles bagatelas». Ante tal situación, el autor le recomienda leer todos los días alguna cosa en alta voz

delante de vuestro marido, si lo permite; o si no, delante de otro cualquier amigo, que sea capaz de corregiros; pero no delante de otra mujer, que no pueda conocer los defectos, y que dejándoos con los vuestros, os enseñe los suyos. Y en cuanto a la Ortografía, leyendo con reflexión, os iréis imponiendo en ella lo suficiente (1999: 55).

Resulta chocante que el autor olvide que reconoció al principio que había mujeres preparadas y ahora exponga que solo aprenderán a leer bien con hombres. De hecho, hace una crítica muy dura de las mujeres bien formadas porque entiende que ese tipo de personas, a las que denomina despectivamente «litteratas», han perdido «todo el crédito de tales por su importuna locuacidad, o bachillería; y mucho más por la satisfacción, que adquieren de sí mismas, a poco que les parezca sobresalir entre las otras» Les vuelve a recomendar prudencia y discreción para mejorar su talento y achaca al falso método de estudiar y a la mala elección de libros, la causa

de que «aquellas Señoras, llamadas Literatas, hayan salido tanto más necias, cuanto ha sido mayor su mal dispuesta aplicación a la lectura» (1999: 56-57).

Las apreciaciones de Clavijo en este pensamiento son inaceptables para nosotros en esta época, por paternalistas y negativas, pero es que también ya lo eran para muchos ilustrados en el momento en que él lo planteaba. Basta, como ejemplo, recordar la posición de la Junta de Damas de Honor y Mérito de la Real Sociedad Económica Matritense de los Amigos del País, o la defensa que de la valía de las mujeres hacían los ilustrados españoles más significativos de la época, con alguna excepción (Negrín Fajardo, 1987: 118-153).

### **La educación de los niños y muchachos**

Hasta aquí, hemos analizado el pensamiento de Clavijo respecto a la educación de las jóvenes de la nobleza y burguesía españolas, a las que les da prioridad el lanzaroteño en su publicación, sin que mencione la formación de los niños y jóvenes. Es en los dos últimos tomos, cuando expone Clavijo las características de la educación particular que recibían los niños y muchachos de familias pudientes y nobles.

Los pensamientos LXIII (181-202) y LXIV (203-218) reciben la misma denominación, *Sobre la educación*, y su contenido versa sobre las características de los ayos elegidos para educar a los hijos de las clases superiores de la sociedad clasista de aquella época. En esta ocasión, se vuelve a valer del artificio de exponer dos supuestas cartas que le envían dos personas conecedoras, una de un ayo que no hace lo que debería hacer, y otra de un buen ayo. Clavijo adelanta que son los padres los que tienen que encargarse de la educación de sus hijos y de elegir ayo con sumo cuidado, sin dejar de controlar sus enseñanzas y su comportamiento.

En la primera carta, el remitente explica que se animó a escribir cuando leyó la carta de una señorita que lamentaba su mala educación y cuando supo que se reanudaba la publicación de *El Pensador*. Cuenta que pasó toda su infancia sin control con unos padres que le consentían sus caprichos y cuando llegó la adolescencia se encontraba:

Ya muy contento con mi existencia, muypreciado de persona, vano, soberbio, audaz, y preocupado de que mi vida era muy importante, y mi naturaleza muy superior a la de todos los que me rodeaban. Así los trataba, en cuanto permitía mi edad, con altivez, y aun con desprecio; y se pronosticó desde entonces, que sería hombre de provecho algún día (1999: 185-186).

Como quiera que a los padres les resultaba inaguantable la situación, pensaron en encontrar a alguna persona que fuera ayo y preceptor a un tiempo y se ocupara de las funciones de un ayo, cuidar y acompañar, con las de un preceptor, que tenía que ayudarle a estudiar y enseñarle las materias con los contenidos adaptados a su edad. El remitente expone cómo se buscó a su ayo/preceptor explicando las características que debía reunir:

Algunos parientes, y amigos de mi padre, hombres cuerdos, y bastante ilustrados para conocer toda la importancia de una buena elección, le hicieron ver cuánto convendría buscar un hombre maduro, aplicado, de presencia agradable, que hubiese vivido entre el tumulto del mundo lo suficiente para conocerlo, y no demasiado para haber contraído su corrupción: que tuviese el juicio recto, el discernimiento justo, y el espíritu libre de preocupaciones; y que a una alma firme, juntase un humor igual, unas costumbres suaves, el talento de persuadir, y a lo menos los primeros elementos de las facultades, que convenían a mi calidad [...] (1999: 187).

El joven estudiante analizaba así a sus padres en el momento de tomar la decisión:

Mi padre, quien sin duda hubiera tomado el consejo, porque, aunque hombre de cortas luces, tenía docilidad, y me amaba; pero quiso mi desgracia, que mi madre, que a pesar de un bello talento, y de un corazón admirable, tenía la debilidad de juzgar resolutivamente en ciertas materias, que no eran de su competencia, había puesto la mira en un hijo de un criado mayor suyo, el cual se había paseado por las inmediaciones de cierta Universidad: tenía una catadura fea, y un gesto regañón; y a más de esto, debía ser barato; y no fue menester más para dármele por Ayo, en fuerza de estas prendas, y títulos de suficiencia tan relevantes (1999: 188-189).

Se advierte en el texto mucho realismo e ironía, así como la ideología propia del patriarcado imperante, cuando expone que esa decisión no era competencia de su madre, sino de su padre; o cuando escribe que la conexión con la universidad del futuro ayo era haber paseado por las inmediaciones de algún edificio. También aparece otra afirmación que se repite en otros pensamientos que es que familias poderosas trataban de gastar lo menos posible en la educación de los hijos, que revela lo poco que valoraban la formación y el aprendizaje.

El estudiante, a pesar de todo, disculpa a sus padres: «No pretendo con ésta, ni otras reflexiones hacer odiosos a unos padres, cuya memoria me será siempre respetable (1999: 190)». E insiste en que el ayo no reunía condiciones para ocuparse de la educación de un joven:

Descubrí, pues, que era tímido, interesado, ignorante, caprichoso, y adulator, y sobre todo, que contaba con mi intercesión para acomodar algunos parienticos, y acudir a otras obras piadosas. Sobre este conocimiento fundé mis alegres esperanzas de tener en él un criado de mayor autoridad, que contentase mis caprichos, en vez de un Censor rígido de mi conducta, y un Maestro ilustrado, y celoso de mi bien (1999: 191).

Gracias al escrito citado sabemos que, además de religión, moral y buenas costumbres, el ayo le enseñaba:

Unos malos principios de Gramática, y de Filosofía Aristotélica: púsome en la mano un mal compendio de Historia, los libros de Año Virgíneo, la Corte Santa, y el grande Hijo de David, y me dijo, que en ellos encontraría mucho más de lo preciso para vivir con lucimiento en mi clase (1999: 193)

Por el contrario, sus clases de juegos de cartas de [...] «cacho, rebesino y malilla» eran muy buenas y «llegué a hacer en esto progresos admirables» (...) En una palabra, enseñóme lo que sabía, y no lo que ignoraba, porque esto era imposible. Así no supe, ni Lenguas vivas, ni muertas, ni Filosofía, ni Música, ni Poesía, ni Dibujo, ni Historia, ni Matemáticas, y ni aun el Catecismo; pero en cambio de todo esto salí excelente tahúr (1999: 193-194).

Resalta el autor de la carta que su ayo gozaba maltratándole de palabra y con castigos desproporcionados que no le permitían corregir sus errores y, especialmente, se esmeraba en tratarle mal en público, humillándole cuando tenía ocasión. No obstante, la tesis que mantiene Clavijo es que había también buenos ayos, y en el pensamiento LXIV pone el ejemplo del comportamiento de un ayo de un familiar del joven anterior, que era exactamente el opuesto al que mantenía su propio ayo y que le hace exclamar:

¡Pero qué Ayo! ¡Qué carácter, qué juicio, qué prudencia, y discreción de hombre! Yo hacia el cotejo en estos paseos, y en ellos acababa mi Ayo de perder su poca opinión. Veía, que aquel trataba a su pupilo con grande afabilidad, y cariño: que cuando sus deseos eran inocentes, entraba en ellos con tanto gusto, aunque repugnasen tal vez a su genio, como si él mismo los hubiese excitado, y que solía anticiparse a ellos cuando estaba satisfecho de su conducta [...] parecía que empleaba más su autoridad para hacerse amar, que para corregir: que en sus correcciones no entraba jamás a la parte el mal humor, la cólera, ni la aspereza: que si le imponía algún castigo, era haciéndole ver que le forzaba a ello, y manifestando sentimiento de verse reducido a aquella dura necesidad (1999: 212-214).

El último pensamiento que hemos seleccionado es el LXXXV del tomo 6 (1999: 205-219), *Carta de un niño, en que se queja de la mala educación que se le da*, al

que, por la manera de expresarse y su experiencia, más bien habría que denominar adolescente con las características habituales de ser hijo único de padres ricos, poco pendientes de su educación. El esquema es el mismo: menor malcriado que se cree el centro del mundo y que recibe todos los caprichos que se le antojan.

Pero un acontecimiento importante, la muerte de sus padres, va a complicar más la situación en la vida del adolescente. Lo primero que hace el tío que se encarga de su educación es introducirlo en «una tertulia de gentes ancianas, en donde quiere forme mi espíritu, y mi corazón, oyendo las máximas de cuatro viejos caprichudos, que sin más instrucción que la de sus negocios, abominan cuanto no entienden [...]» (1999:208)

Nos informa, el supuesto autor de la carta, cuál era el plan educativo de su tío:

Un joven, dice, desterrado de su casa, entregado a la dilatada enseñanza de la prolijidad de una Gramática, de la sequedad de una Filosofía, y del superfluo oropel de las Bellas Letras, no puede adquirir por este medio para tratar con las gentes, sino un espíritu tosco, insociable, y sin trato, y a veces soberbio, y altanero. A una dama cortés, y política no sabrá tratarla en otro lenguaje, que el de sus frases bárbaras, y se verá desterrado de su boca aquel arte político, y discreto de la Corte (1999: 213-214).

Introduce ahora Clavijo un comentario nuevo relativo a la posición antisocial del capital, cuando el beneficio no llega a la sociedad y se queda solo en los bolsillos de alguien:

Un hombre, a quien su ignorancia le constituye en la precisión de no tratar de otras cosas, que de sus haberes, adquiere una cierta destreza en estos negocios, de que nada participa la sociedad [...] Ser útil para sí, sin atender al bien de su común, es la conducta de los irracionales, y no de todos [...] Una servil sujeción a los que los pueden valer, y un desprecio altanero de todo lo que no tiene conexión con sus negocios, es su mérito más realzado (1999: 215-217).

Se despide el adolescente dibujando un panorama sombrío que entiende afecta a muchos otros jóvenes:

Vea Vmd. señor Pensador, los modelos, que se me presentan para mi educación, y ojalá fuese yo solo a quien esto sucediese. Por desgracia tengo muchos que me acompañan, y mi tío otros tantos, que son de su compleción. No es creíble cuánto descuido tienen en cultivar las facultades del alma estos hombres, que están entregados a la ambición de amontonar tesoros. Este es su ídolo, su nobleza, su ocupación, su ciencia. En una palabra, esta es la deidad a quien dedican aras en lo íntimo de su corazón. Discurra Vmd. lo que habré podido aprender en estas escuelas, y duélase de mi desgracia (1999: 218-219).

## Conclusiones

Clavijo no menciona nunca en su publicación periódica a la infancia pobre o abandonada; no parece preocuparle la educación popular, sino exclusivamente la relativa a los descendientes de las clases acomodadas de la sociedad de su época. El punto de referencia será siempre la mala educación que, en su opinión, se estaba dando a esa infancia por la influencia de modas y maneras de vivir ajenas a la tradición española, que llevaban consigo el abandono de la educación de los más pequeños, en manos de extraños al ámbito familiar que, con frecuencia, no reunían la preparación adecuada para desempeñar su función instructiva y menos la educadora. El autor se muestra como un crítico feroz de lo que entendía como modernidad y un defensor a ultranza de una educación equilibrada y completa en el seno de la familia o, al menos, bajo su control directo.

Considera a la educación en la base del desarrollo social e individual, sin la cual ningún progreso del ser humano sería posible. Para el escritor lanzaroteño, la educación es una obligación que a los padres «les han impuesto la naturaleza, la Religión y el honor», y que sin embargo abandonan con frecuencia, a pesar de que una buena educación vale más «que todos los Mayorazgos, todos los Títulos y todos los honores, que puedan procurar a sus hijos».

Se mueve en la línea ilustrada del «optimismo pedagógico» de Rousseau, de ahí que comprenda y valore positivamente la influencia que tiene un sistema educativo y una educación adecuada a las necesidades de cada sociedad. A destacar, pues, que Clavijo, sin ser un importante teórico de la educación, tenía suficiente preparación para entender su importancia en el desarrollo del país.

No reivindica una educación elitista en instituciones especialmente dotadas para la educación de las clases pudientes de España en la segunda mitad del siglo XVIII, sino la necesidad de que se establezca la adecuada preocupación familiar para inculcar dentro de casa principios de buena educación y poner los medios para que sus descendientes reciban, por parte de personal especializado, la mejor educación posible que les impida caer en las garras de la ignorancia, la moda pasajera, la superficialidad y las malas costumbres.

Se puede decir que Clavijo fue un ilustrado español en lo fundamental. Partidario del fomento del desarrollo económico, de la defensa del trabajo y del cumplimiento del deber, colocaba la educación al servicio del progreso nacional e individual y de la modernización del país. También es de subrayar su perspectiva de crítico social que pone al descubierto las lacras de la sociedad española de su época, como primer paso para exponer su concepción educativa ilustrada conservadora, aún bastante lejos de las posiciones de influencia revolucionaria francesa, como

las que plantearon entre nosotros Francisco Cabarrús o, más tarde, Blanco White. También su posición en algunos ámbitos, como en el de la consideración social de la mujer y en la educación que debían recibir, influenciado por Rousseau, era también más conservadora que la de otros coetáneos suyos.

## Bibliografía

- Arencibia, Yolanda (2003), «Los ilustrados canarios en Madrid. José Clavijo y Fajardo», *Historia crítica. Literatura canaria. El siglo XVIII*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, t. II, págs. 319-355.
- Clavijo y Fajardo, José (1999), *El pensador*, Madrid, Ediciones del Umbral, 6 tt.
- Cotarelo, Emilio (1897), *Iriarte y su época*, Madrid, Tipografía de Sucesores de Rivadeneyra.
- Espinosa, Agustín (1970), *Don José Clavijo y Fajardo*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria.
- Negrín, Olegario (1987), *La educación popular en España durante la segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, UNED.
- (1993), «Ilustración, Educación y Ciencias Naturales en Clavijo y Fajardo», en *V Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Puerto del Rosario, Cabildos Insulares de Fuerteventura y Lanzarote, vol. II, págs. 443-468.
- (1995), «Locke y Rousseau en *El Pensador* de Clavijo y Fajardo», en *Estudios Dieciochistas. Homenaje al profesor José Miguel Caso González*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, vol. II, págs. 181-194.
- (1996), «Clavijo y Fajardo, naturalista ilustrado», en *XI Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, págs. 679-701.
- Viera y Clavijo, José de (1985), *Constelación canaria*, Santa Cruz de Tenerife, Consejería de Educación.